

El inefable concepto de maternidad:

Por Laura Prato

La maternidad ocupa un lugar privilegiado en nuestra cultura, dichos populares como “mi madre es una santa”, “el amor de una madre no contempla lo imposible”, “las madres siempre perdonan”, “mamá está en todas partes”, reflejan la idealización con la que ha sido investido el acto de la maternidad.

Frente a esto, el psicoanálisis puede ofrecernos una mirada en la que la desobediencia y la curiosidad ante el conocimiento nos permitan dar cuenta de las auténticas causas de esta idealización, explicando que este mecanismo de defensa sirve para enfrentar primitivas ansiedades persecutorias que nos llevan a la negación mágica y omnipotente de las características indeseadas de una madre. En consonancia con esto, Marie Langer expresa: “todos llevamos dentro de nosotros al lado de una madre buena, otra terrorífica: una madre que mata, destruye y se come al niño”. No es casualidad que en los cuentos infantiles clásicos las malas son siempre mujeres, por lo general madrastras perversas a las que les encanta envenenar princesas; nunca es la madre biológica de la víctima, así este terror es proyectado alejándolo lo más posible de la madre buena.

Tal vez, la razón por la que cuesta tanto pensar en mujeres que no desean ser madres, que abandonan a sus hijos, que los usan como mercancía o incluso que los matan; encuentre sus causas en el hecho de que para poder hacerlo debemos enfrentarnos a angustias infantiles reprimidas e intolerables.

Sin embargo, esto ocurre, ocurrió y seguirá ocurriendo en la medida en que la sacralización de la maternidad no nos permita pensar en nuevas perspectivas tendientes a desnaturalizar la procreación y a desidealizar la maternidad.

Y así, entre estos dos polos necesarios para sostener la sobrestimación de la maternidad debe haber algo, otra cosa, otras muchísimas cosas, madres

imperfectas, mujeres estériles, mujeres a “secas”, mujeres sin deseo de maternar, niñas gestantes, etc.

Me detendré un momento en este último posible estado para intentar clarificar el indecible concepto de maternidad.

En el año 2019 se conoció la noticia de que una niña de 11 años oriunda de Tucumán había sido embarazada por su abuelastro de 65 años de edad y que el sistema de salud provincial puso en marcha un operativo para impedir el detenimiento de la gestación.

Este operativo antiderechos consistió en la dilación de la ILE hasta la semana 24 de gestación, a pesar de que un mes antes la menor había expresado su deseo de abortar, a su madre le dijeron que la iban a vaciar, a quitarle el útero y que su hija no podría tener más embarazos; la familia fue amedrentada y los médicos del hospital público en el que se encontraba internada también. San Miguel de Tucumán se llenó de carteles con la consigna “salvemos las dos vidas”, crucifijos y estampitas de vírgenes y santos ataviaron la ciudad.

Los médicos que trabajan en ese hospital se negaron a realizar la interrupción del embarazo ejerciendo su derecho a la objeción de conciencia por lo que tuvieron que convocar a dos obstetras que desarrollan su actividad en el ámbito privado.

La psicóloga que la atendió en el hospital relató lo que la niña dijo: “quiero que me saquen esto que me puso adentro el viejo”.

De más está decir que ahí no hay un hijo libidinizado, ni mucho menos una madre deseante. La niña expresa ser la portadora de algo del orden de lo siniestro, que irrumpió en la interioridad de su cuerpo; así su deseo podría traducirse como la necesidad de ser librada de la intrusión. Y si bien la ley la amparaba para realizar una interrupción voluntaria del embarazo, el gobierno tucumano tardó 4 semanas en actuar, y lo hizo sólo cuando recibió un amparo judicial que se lo exigía; pero ya era muy tarde, la niña cursaba un embarazo de 21 semanas cuando le practicaron una cesárea de la cual nació una niña que pesaba 650 gramos y que murió a los 10 días. Tras su muerte los médicos que realizaron la intervención fueron denunciados por homicidio.

Tal vez todo esto nos permita repensar a la maternidad ya no como el máximo objetivo de una mujer en edad de gestación, para poder concebir la interrupción del embarazo desde otro punto de vista: mujeres que toman la decisión de no constituirse en portadoras de un feto, es decir personas en las que el dato biológico del embarazo no coincide con las precondiciones subjetivas necesarias para ahijar y maternar, pudiendo ser algunas de estas precondiciones el deseo, la búsqueda, la fantasía o las representaciones maternas que anticipan y crean un niño donde aún no lo hay.

Así pensar el acto de maternar, ya no como el resultado del devenir biológico, sino como un espacio plagado de incertidumbres que nos permita posicionarnos en el uno a uno, para comprender cómo se sitúa esa mujer particular frente a la maternidad; interrogándonos sobre su madurez, su salud psicológica y su capacidad de amar; con el objetivo de predecir el lugar que tendrá ese niño para la madre.

Para concluir citaré a Langer en su concepción de porqué el psicoanálisis ayudaría a la constitución de maternidades menos sufrientes y más deseadas. "Una madre neurótica no puede educar a una hija sana. Una madre que rechaza su propia femeneidad adoptará inconscientemente frente a su hija pequeña una actitud hostil, debido a la cual no podrá más tarde convertirse en mujer sin sentirse culpable e inferiorizada". Es posible traspolar esta tesis a una sociedad neurótica e incluso perversa que fomenta la idealización de la maternidad sin contemplar que ser mujer y ser madre no son siempre la misma cosa.